

## CAPÍTULO IX

De Niebla á San Juan del Puerto. — Moguér. — Sus memorias y sus monumentos: — la iglesia del Convento de Santa Clara. — Las tumbas de los Portocarrero. — El Hospital del Corpus Christi. — San Francisco. — Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Granada.

**B**AJO la triste impresión que en el ánimo produce el espectáculo doloroso de su desolación y de su ruina, á pesar del romántico aspecto con que se presenta, guarnecida de aquel cinturón de murallas que la envuelve como un sudario, y que, cual augurio de mayores maravillas y grandezas, incita, por igual, al artista y al arqueólogo, — abandonemos no sin pena, lector, la antigua Illípula, condenada cada día que transcurre á suerte más desventurada, por lo mismo, quizá, que ya pasaron para no volver aquellos tiempos en los cuales no eran las poblaciones sino



representantes de la fuerza. En el mismo estado de aflicción en que la halló Rodrigo Caro continúa: habrán los siglos alterado en su incesante labor la fisonomía de la raza especial que en ella habita, como habrán adulterado la de algunos de sus escasos monumentos, con el auxilio de los hombres, enemigos siempre de sí propios; habrá llegado á mayor ruina, por la explotación constante de que es víctima propiciatoria, el alcázar fastuoso de los condes, sus señores desde la XIV.<sup>a</sup> centuria; habrá rodado convertido en mísero polvo algún trozo más de las murallas, como se habrán hundido ó desplomado algunos más de sus torreones, y habrá extendido el viento con persistente constancia nuevas capas de tierra sobre aquella que hollaron nuestros abuelos; pero Niebla, reducida en el número de sus habitantes, sin industria propia, sin vida y sin movimiento, prosigue descendiendo en mortal atonía por la pendiente que hace siglos recorre, y cuando caigan

las torres que desprecio al aire fueron,

llamadas por la ley de la atracción á confundir, más aún de lo que lo están, los anchos muros de hormigón con la tierra que los sustenta,—desaparecerá entonces del mapa de la provincia de Huelva, quedando convertida en uno de tantos despoblados, como fueron en otras edades ciudades ricas, alegres, gozosas y contentas.

Seguirá tranquilo, tiñendo de amarillento color las peñas, los guijos y la tierra que forman su lecho por aquella parte el río Tinto, al pasar á oriente y mediodía de la antigua sede episcopal de los tiempos visigodos; y si las aguas del mar no llegarán ya como en remotas épocas á bañar los muros de la villa en las crecientes, dejando entre las tierras inundadas y entre el légamo al retirarse, anchas y grandes conchas, que con frecuencia se descubre dentro y fuera del recinto amurallado,—las oscuras corrientes del metálico *Urium* repetirán con sentimiento al besar sus ruinas tristes lamentaciones en honra de la

que un día fué encanto, regocijo y cabeza de toda aquella occidental comarca, tantas veces y con tanta insistencia explotada por las razas que se asentaron en el rico país de los Thersitas ó Turdetanos, y patria quizás de aquel insigne poeta y guazir del Califa Abd-er-Rahmán V, apellidado Aly-ben-Hazm, de estirpe propiamente española (1). Quizás no falte émulo digno del sentido Caro, quien en presencia de los informes restos de Niebla, se sienta poseído de singular emoción, y dejando vagar la fantasía, resucite como por encanto á su mágica voz la poderosa *Elepla*, siguiendo las huellas del famoso cantor de las ruinas de Itálica.

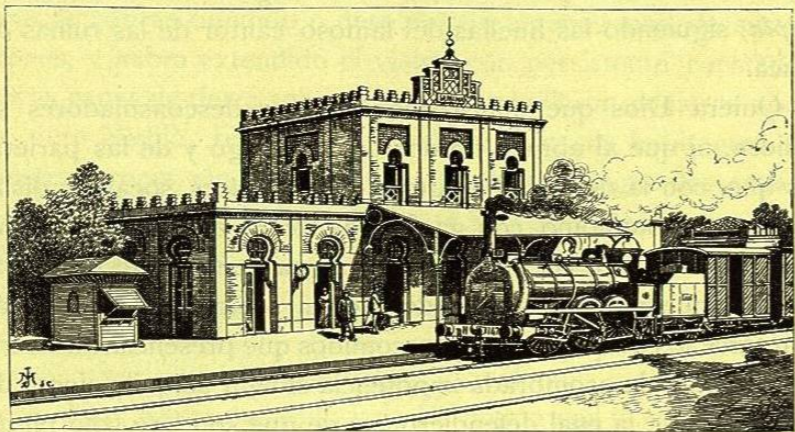
Quiera Dios que nunca augurios tan desconsoladores se realicen, ni que al abrazo traidor del jaramago y de las parietarias que, con la debilidad aparente de sus raíces, socavan, dislaceran y separan como con garfios de acero en incansable y no interrumpida tarea las piedras y la arena que forman las entrañas de aquellos muros—rueden por el suelo para nunca más levantarse los propugnáculos carcomidos que presenciaron llenos de estupor y de asombrada impotencia el fatal aniquilamiento de la población á la cual defendieron, y de que son hoy sólo pintoresco adorno. Quizás la savia de la nueva vida que difunden á su paso las dos vías férreas que pasan cerca de las murallas de Niebla, y el asordante estrépito con que la locomotora cruza por delante de ella, despierten los dormidos manes protectores de la población por tantas y tan diversas razas poseída, y recobre entonces su perdido ascendiente, reconquistando por el esfuerzo pacífico de sus habitantes en las esferas del arte y de la industria, únicas donde debe en adelante de combatir la humanidad sin tregua, el prestigio, la fama y el renombre que, como única herencia, le dejaron las edades que fueron, ya que

(1) Fué su bisabuelo Hazm quien hubo de abrazar el islamismo, siendo pues muzárabes sus antepasados (Dozy, *Hist. des musulm. d'Espagne*, t. III, pág. 341). Véase los *Apéndices*.



tan corto es el patrimonio con que á la consideración del arqueólogo se presenta en nuestros días por desventura, produciendo por ello en realidad terrible desencanto.

Aridez, soledad y tristeza, como cortejo obligado de la gran catástrofe personificada en Niebla,—respiran los campos por donde dilatan sus brazos el camino de hierro de Sevilla á Huelva, y el que conduce á las minas riquísimas de Río-Tinto: ni un árbol, raquítico y miserable, alegre siquiera aquella soledad, ni



SAN JUAN DEL PUERTO.—ESTACIÓN DEL F. C. DE SEVILLA Á HUELVA

templa aquella aridez monótona con que aparece el paisaje, ofreciendo el suelo, constantemente entrecortado por los ramales pantanosos del Tinto, el extraño amarillento matiz del óxido de hierro que lleva aquel en su corriente y con que todo lo desfigura y cubre. Ofreciendo el mismo panorama, con ligeras interrupciones, panorama que no puede borrar, antes acentúa, el desconsuelo engendrado por la contemplación de las ruinas de la antigua sede episcopal eleplense,—la locomotora recorre los 18 kilómetros que separan esta villa de la de San Juan del Puerto, donde distrae el ánimo con su alegre apariencia la estación del ferrocarril, engalanada con los arcos á la moderna interpretados del arte islamita, y con los árboles que en torno de ella

ha colocado la mano de la civilización moderna. Poco más acaso de un kilómetro dista la población de la estación citada: su aspecto es risueño, y aunque engrandecida desde el siglo xvi con los fugitivos de Niebla, el número de sus habitantes, según el censo de 1877, llega sólo al de 3,383, con 828 vecinos, demostrando así, no obstante, que es villa de mayor importancia en la actualidad que aquella otra, bien que no sea para ella lícito ostentar abolengo ni tan principal ni tan dilatado como Niebla, por ser de fundación que no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo xv (1).

Nada hay en ella digno, lector, de excitar tu curiosidad por modo alguno; así es que, mientras empaquetado en el *breack* que hace el camino de Moguér á la estación del ferrocarril de San Juan del Puerto, sufres durante cinco kilómetros los vaivenes y el traqueteo trastornador con que convida la carretera, que á dicho punto conduce,—extiende, si puedes, la mirada por el paisaje, y no verás sino las *marismas* á través de las cuales se desliza el arenoso amarillento camino, produciendo en la retina el efecto de que miras por un cristal de aquel color citado. Todo es amarillo: tierras y vegetación, todo lleva indeleble el sello de aquellas aguas, en mil formas caprichosas estancadas, y que arrastra al mar perezosamente el Tinto, cuyo cauce cruza la carretera por medio de sencillo puente de hierro. Poco después, el terreno parece accidentarse: comienza á tomar la vegetación su matiz propio, y aparecen en perfecta formación lozanos los viñedos que dan fama á Moguér, ciudad marítima, cabeza de partido judicial, y población importante por su historia, alternando con los pinares hermosos, y utilizados en las navales construcciones, con las enci-

(1) Consta, con efecto, que en 20 de Enero de 1468, estando en Villarrasa el señor don Juan Alonso de Guzmán y su hijo don Enrique, dieron licencia para fundar en territorio de Huelva un nuevo pueblo que se llamase San Juan del Puerto (D. MANUEL CLIMENT, *Crónica de la provincia de Huelva*, pág. 15, tomándolo de la obra de Mora, *Huelva Ilustrada*).



nas y los alcornoques, que allí nacen casi espontáneos y crecen á maravilla, propagándose con facilidad increíble.

Siguiendo el coche su camino, penetra al fin por larga, recta y empedrada calle, donde á los edificios de una sola altura y de modestísima apariencia, suceden otros de mayor autoridad é importancia, acreditando la de la ciudad, cuyo aspecto no puede en realidad ser más agradable ni más simpático, y cuya población era en 1877 de 2289 vecinos y 8287 habitantes. Fué aldea primero propia de la villa de Niebla, y como tal, con ella, Gibrleón, Huelva, Saltés, Ayamonte, Alájar, la Puebla de Guzmán, y « todos los otros logares, que son su término, y fueron antiguamente, » pasó en 1283, del señorío de la corona al de la Reina de Portugal doña Beatriz, hija de Alfonso el *Sabio* (1), para ser, después de varias alternativas, con Villanueva del Fresno, en la provincia de Badajoz y partido de Olivenza, del señorío de don Pedro Puertocarrero y Cárdenas; y su término, que de oriente á ocaso tiene cerca de 23 kilómetros de extensión, se halla al norte y occidente limitado por el Tinto, al oriente por el de Lucena del Puerto y por la villa de Almonte, y al mediodía por la playa denominada Castilla, comprendiendo en su jurisdicción actualmente á Bonares y Lucena del Puerto, que eran del Condado de Niebla, y con la desventurada villa de este nombre, á Palos de la Frontera. Adviértese desde luego, que aquella población, donde nada hay que recuerde las vicisitudes históricas por que hubo de pasar hasta nuestros días, y donde no queda rastro alguno de la dominación musulmana, — si durante los días de servidumbre en que permaneció desde el siglo VIII.º al XIII.º en que fué por Alfonso el Sabio rescatada, no obtuvo importancia ni significación de ninguna especie, fuera de las marítimas, — goza hoy de floreciente período de desarrollo, el cual promete para no lejano porvenir extremarse, con beneficio y gloria de Moguer y no menor provecho de la provincia á que pertenece.

(1) Véase este documento en los *Apéndices*.



LXV. BUSQUETS Y VIDAL - CALLE DEL OLMO, N.º 2.

HUELVA - Aldeana de Moguer



Sus calles, aseadas y limpias; su caserío, aunque desigual, bueno y á las veces por su riqueza como impropio,—claros indicios son de la prosperidad de que disfruta y del desahogo de sus habitantes, proclamando así que es, bajo esta relación, ciudad llena de vida propia, y llamada por tal motivo á figurar dignamente como representante de la edad moderna que alcanzamos. Para quien, como nosotros, lector, desde las tristes soledades de la histórica Niebla, llega por aventura á Moguér, el contraste no puede ser mayor ni más completo: no se respira en esta última población aquel ambiente desolado y poético, saturado de melancólicas *saudades*, que envuelve de todos lados á la antigua *Illípula*, y que contribuye á determinar su fisonomía; ni á cada paso se levantará delante de nosotros el espectro de las edades que fueron, como en Niebla se levantan los carcomidos muros, los rebellines y los torreones deformados de la ciudad musulímica; ni contristarán nuestro espíritu el recuerdo persistente de su historia, al considerar

cuánta fué su grandeza y es su estrago;

pero en cambio, por do quiera hallaremos pruebas y testimonios fehacientes de lo que importa y vale en el concierto de la humana cultura el sosegado ejercicio de las artes de la paz, que son las únicas sobre las cuales se erigen los alcázares de la ventura en las naciones modernas, reemplazando con ventaja el estruendo de los talleres de la industria, al eco formidable del acero en las ensangrentadas luchas de los tiempos que pasaron.

¿Á qué empeñarnos en perseguir por todas partes sin tregua ni descanso el fantasma de las edades que fueron? ¿Quién podrá hoy decirnos cuál fué el grado de cultura conseguido por pueblos y ciudades que en la sucesión de los tiempos se repartieron el rico territorio de los turdetanos, y que hoy han desaparecido? ¿Quién podrá decirnos qué fué, y cómo se llamó siquiera Moguér, durante los días de la dominación romana?

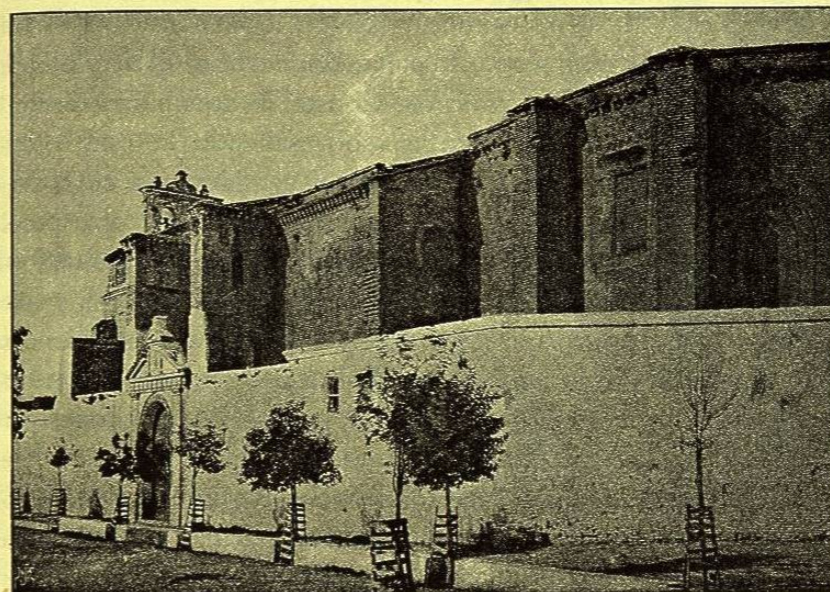


Dada la prosperidad con que se ofrece á nosotros, ¿á qué buscar en los tenebrosos limbos del tiempo su historia, ni combatir defendiendo con Cean Bermúdez y otros que se llamó *Olontigi* y que acuñó moneda, si, de este hecho, no exacto, ninguna consecuencia, como no sea la de halagar inútiles vanidades, puede deducirse para beneficio suyo?... Ni de la época romana, ni de la visigoda, ni de la musulme queda memoria alguna, pues ni aun el nombre con que desde la reconquista aparece es fácil resolver de qué idioma toma origen y dimana (1); y por lo que á los tiempos medios hace, son tan cortos en número sus monumentos, que cuesta en realidad trabajo formar idea de su importancia de entonces, bajo el señorío de los Portocarreros, marqueses de Villanueva, condes de Palma, emparentados con el gran Condestable don Álvaro de Luna, con el marqués de Villena, con los Girones y con multitud de otras nobles familias, y señores de Benacazón, de quienes descendían además de los marqueses de este título y los de Barcarrota, otros muchos títulos y magnates castellanos.

Sólo en añejas y polvorientas escrituras figuraría el nombre de los señores de Moguér, si, desaparecido el suntuoso palacio donde éstos hicieron su morada, no existiera por fortuna, para atestiguar de la riqueza de los mismos, el *Convento de monjas de Santa Clara*, no mirado con todo aquel respeto á que le hace acreedor su interesante iglesia. Situado á la parte septentrional de la ciudad y al occidente de la hermosa, regular y entrelarga *Plaza llamada del Marqués*, sin duda porque en ella ó saliendo á ella estuvo el palacio señorial de los Puertocarre-

(1) «Moguer se cuenta entre las antiguas poblaciones de España, y corresponde á la que se halla designada en Tolomeo con el nombre de *Urium*.» «Se cree pues, que antepuesta á este nombre la palabra latina *Mons*, monte, se llamó también *Mons-Urium*, modificado con el tiempo en *Mons-Hurium*, *Mons-Gurium*, de cuya variante es ya poco violenta la transición á Moguér.» «Pretenden sin embargo algunos que tomó el nombre Moguér, porque así se llamaba el caudillo de los moros que la conquistaron» (PIFERRER, *Nobiliario de los reinos y señoríos de España*, t. VI, pág. 178).

ro,—excita desde el primer momento la atención, en el agrupamiento de edificios que constituyen dicha casa religiosa, la vetusta fábrica del templo, como extraña en tal población, donde todo parece respirar juventud y lozanía. Labrada de ladrillo al exterior en sus muros de cerramiento,—presenta en primer término el ábside, facetado, con salientes estribos de igual linaje



MOGUER.—EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SANTA CLARA  
EN LA PLAZA DEL MARQUÉS

de construcción, entre los cuales dibujan sus ojivas tapiados ventanales, abocelados y no faltos de elegancia, mientras resaltan cubiertos de hierba y en línea ya inferior á la primitiva, los canecillos sobre los que descansaba en otro tiempo la poligonal cubierta. A la terminación del ábside avanza el cuerpo de la iglesia, y entre los dos estribos de él, con su frontón triangular partido, su arco de medio punto adovelado, y sus pilastras de modillones,—se abre, también de fábrica de ladrillo, la puerta de entrada al templo, en el muro con que hubo de cerrarse el perí-